



EL NUEVO PROYECTO DEL SPD

Willy BRANDT

En junio de 1986, después de dos años de trabajo, la Comisión programática de la socialdemocracia alemana —que presido—, presentó el proyecto de un nuevo programa fundamental; se trata del llamado Proyecto de Irsee, que ha constituido un punto de partida y una referencia necesaria en los análisis y comentarios del presente volumen. La Comisión, de tal modo, llevó a cabo la función que le había asignado el partido en el Congreso de Essen en 1984. En esa ocasión, el SPD había decidido, sin votos contrarios ni disidencias, elaborar y aprobar en el término de cuatro o cinco años un nuevo programa fundamental, que sustituyese al de Bad Godesberg, convertido ya en casi un símbolo de la vía socialdemócrata.

Con el Proyecto de Irsee, un organismo del partido —creado expresamente— sentó por primera vez las bases para la discusión de un nuevo orden de problemas y de desafíos con los que se enfrenta el socialismo democrático. La discusión continúa; una nueva comisión está elaborando un segundo documento y el congreso extraordinario previsto para principios del otoño de 1989 deliberará definitivamente sobre la forma y el contenido del nuevo programa fundamental. Como siempre, las respuestas querrían ser definitivas, pero hay que tener presente que los problemas que se les plantean al mundo y a los países industrializados, especialmente en esta fase de tránsito hacia un nuevo milenio, en el fondo están a la orden del día del debate que se sostiene desde hace una década en muchos países, tal como ocurre en Alemania Federal y

en el seno de la izquierda alemana. El Proyecto de Irsee constituye el intento de una primera respuesta.

¿Qué nos ha impulsado en esta definición de un nuevo programa, veinticinco años después de la aprobación del Programa de Bad Godesberg? La respuesta más sencilla sería: el Programa de Bad Godesberg está superado, desde el momento en que las propuestas que contiene ya se han cumplido. Pero todos saben que no es así, como también saben que ni siquiera lo contrario es verdad; pero, aún cuando fuese verdad, la demanda de un nuevo programa se justificaría igualmente. En realidad la socialdemocracia alemana, apoyándose en el programa de Bad Godesberg durante los años de su responsabilidad de gobierno, ha hecho una buena parte del camino y podría avanzar en el futuro aún más.

Las razones para un nuevo programa hay que buscarlas en otra parte. Hemos estado a punto de comprenderlas partiendo de la pregunta sobre qué es lo que «falta» en el Programa de Bad Godesberg, en relación con el cambio en la situación del mundo, cambio del que nos hemos hecho progresivamente conscientes desde la mitad de los años setenta. Es verdad que también en el Programa de Bad Godesberg, por ejemplo, se toma nota claramente de la amenaza a la paz, pero aún no era posible advertir la alarma por la dramática amenaza que concierne a la humanidad entera, acrecentada por distintas vías, a causa de la loca carrera armamentista y hacia armas de aniquilamiento de masas. El grave peligro del rearme, del sector convencional a las armas espaciales, en cuanto amenaza a la supervivencia de la especie humana misma, se ha ido percibiendo en el transcurso de los últimos años como cada vez más insoportable.

El Proyecto de Irsee desarrolla como respuesta a este desafío una política que, a través de la distensión y de un drástico desarme, torne posible la salida de la disuasión y la construcción de sistemas de seguridad común. Con la reconversión hacia sistemas de seguridad defensiva, con la formación de zonas libres de armas nucleares, con la superación definitiva de las armas de aniquilamiento y siguiendo la vía del acuerdo político entre las dos alianzas militares, éstas deberán hacerse superfluas a largo plazo.

Los nuevos peligros que se han hecho evidentes para la humanidad en su conjunto sólo después de la aprobación del Programa de Bad Godesberg, se analizan con claridad, pues, en el Proyecto de Irsee, sin que lleguen a extraerse conclusiones tendentes a la resignación. Por el contrario, el programa entero está precisamente dedicado a la indicación de los espacios de iniciativa que en efecto existen, para poder confrontar estos peligros y para construir un mundo vital digno del hombre. No obstante, el Proyecto de Irsee, a diferencia del Programa de Bad Godesberg, se inicia con la com-

probación de que hoy, desde que la humanidad dispone por primera vez de los medios técnicos para poder destruirse a sí misma, la responsabilidad por la paz y la responsabilidad por la naturaleza deben convertirse en *premisas fundamentales* de la política. Estos presupuestos fundamentales constituyen, junto a los tradicionales valores constitutivos del socialismo democrático, la base del nuevo programa.

Es cierto, por otra parte, que en la época del Programa de Bad Godesberg, la experiencia de la marcha del ciclo capitalista era aún demasiado inmediata, porque la socialdemocracia alemana no alcanzaba a tener una confianza sin reservas en la prosperidad de los años cincuenta, como si ésta pudiese ser un fenómeno constante. Así que el primer subtítulo de la parte sobre el «Orden económico y social» del programa suena a «Un crecimiento económico constante»; y se puede afirmar que la lógica económica entera del Programa de Bad Godesberg, coherentemente, está orientada a una alta tasa de crecimiento económico, entendida como premisa para el mejoramiento de las condiciones de vida de las masas populares.

En los años setenta, en cambio, hemos llegado a experimentar que un crecimiento económico del tipo y de las dimensiones que se esperaban no es, a largo plazo, ni posible ni sensato. Esto plantea a la política de la socialdemocracia la cuestión de los criterios con que, de ahora en adelante, debe considerarse el incipiente desarrollo económico y la de los instrumentos con que debe ser encauzado. El Proyecto de Irsee sostiene que es posible considerar responsable sólo una política de desarrollo orientado que respete criterios sociales y ecológicos muy precisos y que, por lo tanto, los productos nocivos deben abandonarse o regularse según normas y parámetros determinados políticamente. La larga discusión sobre la inevitable contradicción entre ecología y economía —que ha dominado, de manera a veces tortuosa, las vicisitudes de la izquierda alemana en los años setenta—, ha alcanzado en el Proyecto de Irsee una conclusión provisional. Y no es un hecho secundario el que también hayan contribuido intensamente en su maduración figuras eminentes de la dirección de los sindicatos. El Proyecto formula *una política en la que el argumento ecológico y el argumento económico se consideren globalmente y, a largo plazo, de acción recíproca*. Ninguna presunta actividad económica que provoque daños en el ambiente y que, en consecuencia, haga necesarias costosas intervenciones destinadas a repararlos —cuando tales intervenciones son todavía posibles, de alguna manera— puede definirse seriamente como económica. Inversiones ecológicas bien programadas crean empleo y favorecen un crecimiento sensato de la economía. La perspectiva de Irsee, es decir una sociedad industrial que sea responsable social y ecológicamente, tiene todos estos factores en cuenta.

La experiencia de la destructibilidad del ecosistema, en sí misma, es nueva tanto en la historia del movimiento obrero como en la de la civilización moderna. Hasta el Programa de Godesberg, no ha cumplido ningún papel relevante. Nadie, ni dentro ni fuera del movimiento obrero, se ha enfrentado jamás con el hecho de que el tipo de dominio sobre la naturaleza que se ha puesto en acción implica una amenaza a la posibilidad de reproducción del ecosistema. En la base del Proyecto de Irsee hay una idea diferente de la naturaleza. La naturaleza, en efecto, se interpreta como un sistema sensible de ciclos vitales en equilibrio, o sea un sistema en el cual es lícito intervenir sólo de manera muy cauta e informada, si la humanidad no quiere poner en peligro su propia supervivencia.

Ya en el Programa de Bad Godesberg se aludía a los peligros derivados de un descontrolado desarrollo técnico. Pero sólo en la fase sucesiva ha quedado claro que, teniendo en cuenta las actuales posibilidades técnicas, si en los laboratorios y en las oficinas privadas de programación todo puede manipularse y monetizarse, se pondrían de verdad en juego las perspectivas de una sociedad humana. Para aclarar del todo el alcance del cambio producido, se pueden dar ejemplos, desde el de la energía nuclear con alto riesgo hasta el de la tecnología genética, que podría poner la esencia misma del hombre a disposición de otros hombres. El Proyecto de Irsee no es en absoluto enemigo de la técnica, sino que pretende que el desarrollo técnico sea premisa del desarrollo social. Lo que es cierto es que plantea un claro rechazo de la antigua identificación entre desarrollo técnico y desarrollo social. Se propone en cambio una política de programación social del desarrollo técnico que, partiendo del diálogo social sobre la introducción de nuevas tecnologías y de la valoración política de sus consecuencias, llegue hasta la introducción de nuevos instrumentos de codeterminación en las decisiones de las empresas.

En el Proyecto de Irsee ocupa un espacio significativo la igualdad entre hombre y mujer. El Programa de Bad Godesberg, conforme a la situación de aquellos años, se quedaba inmovilizado en una concepción del papel de la mujer —hasta en la expresión lingüística utilizada— que se ha ido superando cada vez más en el transcurso de los años sesenta y setenta. El Proyecto de Irsee formula una idea de igualdad en la cual ambos, hombres y mujeres, puedan no sólo equipararse frente a la ley, sino también tener relaciones recíprocas basadas sobre la igualdad aún en la realidad de la vida social y política cotidiana. En cada uno de los capítulos del Proyecto se da preferencia, de modo regular, a las políticas que pueden contribuir a una efectiva igualdad entre los sexos. Esto se evidencia, por ejemplo, en el caso de la reducción de la jornada laboral para la creación de nuevos puestos de trabajo: el Proyecto de Irsee opta por la reducción de la jornada laboral, ya que esto puede permitir una división del trabajo doméstico y del trabajo

productivo entre los dos sexos, bastante más que la reducción del tiempo total de trabajo a cumplir durante el conjunto de la vida.

Una de las transformaciones que, en la fase siguiente a Bad Godesberg, han producido una profunda cesura, es la nueva cualidad de la internacionalización de la economía y de la política. El Programa de Bad Godesberg podía incluso seguir el camino de formular primero una política nacional de reformas y de extraer sólo al final las consecuencias en lo que respecta a las responsabilidades internacionales de los socialdemócratas. En los años setenta, se han dado nuevos desarrollos que condenarían al fracaso una estrategia semejante desde el principio. La casi ilimitada internacionalización de los mercados económicos y financieros implica ya una movilidad internacional no sólo de los flujos comerciales, sino también del capital de inversión, en términos tales como para volver ilusoria cualquier política económica que no la tenga muy en cuenta desde el comienzo. De manera significativa, han aumentado tanto el número como el peso de los problemas que acarrear consecuencias capaces de traspasar los límites de un país y de manera antes desconocida. Este hecho también ha vuelto claro de pronto, en lo que concierne a la amenaza al medio ambiente, que a ésta no la puede detener ninguna frontera y que está condenada a la ineficacia cualquier política ecológica meramente nacional.

Lamentablemente, se ha vuelto además manifiesto que el Sur del planeta sólo puede extraer una limitada o inclusive ninguna ventaja de políticas de desarrollo aisladas y que, en todo caso, a éstas las anula un orden económico internacional que no se haga cargo, estructuralmente, de los intereses del Sur. Una verdadera política de ayuda al Sur del planeta requiere un cambio de la política internacional y de las relaciones económicas internacionales en su conjunto.

Las discusiones más largas e intensas, en la fase de preparación y luego en la de elaboración del Proyecto de Irsee, se centraron en la cuestión de cómo una nueva política del socialismo democrático puede responder a estas grandes transformaciones del contexto internacional de nuestro tiempo y evitar formas de resignación. Puedo afirmar que el Proyecto fue pensado y escrito partiendo del reconocimiento de los presupuestos internacionales para una acción política adecuada a nuestro tiempo; sigue abierta la pregunta de si lo hemos logrado y en qué medida.

Desde estas premisas, en el corazón de la política formulada por el Proyecto de Irsee se encuentra la construcción de la Comunidad europea. Muchas son las razones que nos han impulsado en este sentido. En primer lugar, la Comunidad europea representa el ámbito más significativo de desarrollo de las relaciones económicas internacionales de nuestro país, así como de los otros países

que pertenecen a Europa occidental. En segundo lugar, las políticas de la tecnología, del ambiente, de la renovación estructural de la economía pueden tener una verdadera oportunidad en el futuro sólo si se coordinan al menos en el plano europeo. Por estas razones, el éxito de la misma política de seguridad común que seguimos dependen de un crecimiento del peso de Europa en las relaciones internacionales. Además, es precisamente la capacidad de Europa de reflexionar sobre sí misma, sobre las propias tradiciones y sobre la propia fuerza cultural, la que en el futuro cobrará mayor importancia y podrá producir más fácilmente efectos significativos gracias a las mayores posibilidades de comunicación y al contexto favorable que la Comunidad ofrece. Pero no queremos que estos mejoramientos se realicen sólo para Europa; también queremos que la Comunidad europea se convierta en un instrumento para mejorar las relaciones internacionales, en especial para cambiar las relaciones económicas en el mundo, en beneficio del Sur. Una Europa unida y capaz de iniciativa puede convertirse en una fuerza en condiciones de contribuir a determinar la configuración que debería adoptar el orden económico y político del mundo en que vivimos.

La nueva concepción del progreso con la perspectiva de una sociedad industrial que sea responsable social y ecológicamente, junto a la nueva dimensión de la política internacional, elementos cardinales del Proyecto de Irsee, podrían también considerarse, si se los mira retrospectivamente, como los hitos fundamentales de una nueva etapa de la política socialdemócrata. Que yo sepa, éstos han entrado en las discusiones programáticas de muchos partidos socialistas en varias regiones del mundo, al menos desde los años setenta. Por esto, se va delineando a través de ellos un nuevo perfil general, tanto de los fines del socialismo democrático como de las indicaciones correspondientes a las políticas a adoptar. Los socialdemócratas alemanes querían aprender de las experiencias de otras fuerzas, de dentro y de fuera de Europa, con el fin de precisar mejor su perspectiva futura. Ofrecemos respuestas provisionales a los nuevos desafíos como nuestro aporte a un nuevo debate en el seno de la izquierda.